

**ROBERT WALSER**

**ESCRITO A LÁPIZ**  
**Microgramas II (1926-1927)**

Edición de Bernhard Echte y Werner Morlang

Traducción de Rosa Pilar Blanco

Libros del Tiempo Ediciones Siruela

## Advertencia previa

Los «microgramas» de este volumen de Escrito a lápiz fueron escritos en hojas de calendario y constituyen el segundo conjunto unitario dentro de los 526 «microgramas» de Robert Walser. Son en total 156 hojas, partidas por la mitad, de un calendario «Tusculum» del año 1926 que Walser, huelga decirlo, sólo utilizó como material de escritura. Escribió las primeras hojas en la primavera de 1926, mientras que las últimas datan del otoño de 1927. Se conserva el calendario íntegro. Aunque en el período de tiempo mencionado Walser utilizó otros papeles como borrador, estos manuscritos constituyen el grueso de su producción poética de esa época. Este carácter unitario abre al lector la atractiva posibilidad de rastrear las relaciones conceptuales entre los distintos textos.

Comparado con el anterior trabajo de desciframiento, la transcripción de las hojas de calendario resultó mucho más ardua. En consonancia con su menor formato muestran un minimalismo aún mayor de la escritura y, por tanto, una tendencia creciente a deformar o abreviar letras y palabras. Asimismo, la peor calidad del papel, el lápiz más blando y la disciplina caligráfica de Walser, descuidada en ocasiones, pagaron su tributo a la legibilidad, que no ha podido ser saldado del todo ni siquiera con un gasto acrecentado de tiempo. Se precisaron siete revisiones para garantizar un grado suficiente

(que satisficiera las exigencias filológicas) de exactitud textual. No obstante, es preciso resignarse a un número ligeramente mayor de palabras incompletas e interpretaciones hipotéticas. De todos modos, confiamos en nuestra experiencia de desciframiento de nueve años y en el control reiterado y mutuo de nuestro trabajo, de manera que cabe atribuir al texto una alta plausibilidad. En favor de esta última suposición habla el hecho de que se han obtenido todos los textos desconocidos de las hojas de calendario.

Por lo demás, en lo tocante a realización y praxis, en esta edición las omisiones de texto figuran entre corchetes [ ]; tres puntos suspensivos [...] indican la falta de una palabra y seis [... ...] la pérdida de dos o más vocablos. Respecto a las demás explicaciones remitimos al volumen anterior, Escrito a lápiz. Microgramas I (1924-1925), págs. 15-23 y págs. 321-336.

**Bernhard Echte**  
**Werner Morlang**

Ayer tarde callejeaba perezosamente,  
es decir, sin rumbo fijo

**Ayer tarde callejeaba perezosamente,  
es decir, sin rumbo fijo**

Ayer tarde callejeaba perezosamente, es decir, sin rumbo fijo, con el amable consentimiento de lectores y lectoras, por mi intimidad, por el verdor y el resto de los demás colores. Constató que esto es un ensayito en prosa, en sí quizá de cierta enjundia, pues yo mantenía una conversación muy ágil, vivaz y larga con una belleza indolente. Las ondas del río que se alzaba convirtiéndose en testigo de mi dichosa y plácida conversación demostraron ser músicos de gran talento en su género. Por otro lado, esta mañana, para no contar por nada del mundo una mentira, cosa que creo no haber necesitado en toda mi vida, he hecho gala para asombro mío de una gran dosis de paciencia, pues me ha costado una eternidad terminar de leer un periódico que me ha infundido la convicción de haberme complacido, y así ha sido tras el transcurso de tantísimos minutos, que parecieron durar horas. Por la ventanita de un pabellón de caza se asomaba una de las más solitarias y lindas mujercitas que jamás hubieran añorado ser animadas a fondo. Pero dejemos esto, pues este romanticismo me resulta demasiado tierno para creerlo capaz de resistir mi fogosa escritura realista, ahora centrada en un objeto más poderoso, concretamente en una

especie de Buffalo Bill que intentó inquietarme con la observación de que tenía seis ojos y poseía la provechosa habilidad de escudriñar en todas direcciones mientras dormía. Si no me soltó a la cara que por la expresión de mi rostro me tomaba por un académico consagrado únicamente a abordar cuestiones de fuste, que me muera aquí mismo. Estando sentados muy cerca uno del otro, llegamos a las manos, si se me permite la expresión, pues él me pidió, en modo alguno con descortesía, que estrechara la suya. En cuanto lo hice, lamenté en lo más hondo de mi ser haber satisfecho ese deseo en apariencia tan inofensivo, pues el modo de sacudir lo que yo le había permitido estrechar poseía un parecido demasiado acusado con un tornillo de banco. «Percibo sin dificultad», dije con tono seco, impasible e impávido, «que es usted un hombre de fuerza hercúlea al que el destino no ha permitido hacerse predicador. Permítame presentarme como un trabajador del intelecto a quien las veleidades de la fortuna han impedido convertirse en un barón amante de blandir el látigo». Tras esta alocución, prueba de inteligencia, él, con maravillosa presteza y rauda ejecución, alzó ante mí su sombrero e inmediatamente su soberbia de fiera dejó de impresionarme más de lo que suele ser común entre los mortales. «Veo para satisfacción mía», dije con un suspiro de alivio, «que tiene usted una doble faz, avejentada una y juvenil la otra, así como el don de adoptar, si me permite la expresión, una actitud de hondísimo respeto ante la trascendencia del quehacer cultural». Henchidos de mutua satisfacción nos separamos con un sentimiento de fugacidad. Diríase que existe un lenguaje ensayístico, otro de narrador de historias o de un Napoleón lanzándose y pasando raudo sobre los puentes de Lodi, un lenguaje que agita las banderas de la fantasía, que se deja llevar por el éxtasis, un lenguaje natural o espontáneo que se complace en cualquier irreflexión reflexiva, me permití indicarle rápidamente antes de alejarme de él a la distancia que juzgué necesaria para recrear mi vivencia convertida aquí en noticia. Me enorgullezco de estas líneas.

## Si cualquier fata cree

Si cualquier fata cree merecer que le envíe cartas floridas, densas y frondosas, en las que mi fantasía exprese satisfacción, etc., hoy declaro que es un craso error, pues desde hace algún tiempo busco en vano un modelo capaz de cautivar-me con sus ojos o con algún otro rasgo de belleza. Antes de que un escritor de epístolas, que sólo alberga un vestigio de casta en sus venas, emprenda la tarea de fanfarronear, mentir o soñar y fantasear en una carta, comparecerá primero ante la tribuna o el santuario de su ser con la demanda ambiciosa de estar embelesado con alguna figura determinada, requisito no siempre fácil de cumplir. Puesto que utilizo la expresión algo extraña de «fata», me siento obligado a precisar que en determinadas circunstancias las fatas pueden ser maravillosas o, lo que es lo mismo, notables a su manera. Fata es la denominación relativamente espontánea que alude a una beldad femenina que por su belleza, sus dotes y su decisión es envidiada por amigas que proyectan en el mencionado calificativo toda la antipatía que despierta en ellas la visión de un sujeto feliz que, valga la expresión, se interpone en su camino. Precisamente los miembros más bellos y amables del sexo débil pueden llegar a ser denominados fatas. Mantengo amistad con un librepensador llamado Kutsch, muy poco amigo de la cursilería, y que, amén de otras cosas, es amante de la naturaleza, por la que se siente tan vivamente atraído que con buen tiempo le es imposible permanecer en casa. A mí me acontece algo similar a Kutsch, y como ayer fue un domingo espléndido salí a dar un paseo, no sin considerar este hecho o esta conducta un error que cae en el platillo de la balanza de la autocrítica. En la fonda El Báculo del Obispo, ubicada en un paraje encantador, comí y bebí algo, observando que el comedor se caracterizaba por cierta vetustez juvenil, vetustez en cierto modo aún no muy antigua. La posadera me preguntó si me gustaba, pero eludí la respuesta. En cambio proclamé: «Nadie tiene derecho a exigir-me que añore la estancia en un castillo que conlleve el inconveniente

de que la señora entre en mi gabinete de trabajo siempre que se le antoje, y por cierto, llegado el caso, sin llamar a la puerta, para interrogarme sobre mi obra poética. “Enséñame tus últimos logros”, me diría a cada momento, situación esta impensable para un escritor». «¿Acaso hay personas en su círculo de amistades que ataquen su gusto por la independencia con tales deseos u órdenes?» me preguntó la amable mujer, a lo que murmuré que hoy abundan los adoctrinadores insatisfechos, y que por otro lado corría peligro de perder el buen tono si todo el mundo lo comentaba. Cuando me despedí de la posadera dispuesto a proseguir mi camino, el sol lucía como un gorrión, y el hermoso paisaje que se extendía ante mis ojos reía como un ratón escondido en su madriguera, símiles sin duda inéditos en la cultura literaria. Durante una hora caminé por un valle muy alargado que me recordó una hermosa gata de bellos ojos dorados. Sobre una joroba o colina se alzaba una casa de labor que, por respeto a mi condición de excursionista, hizo una profunda reverencia a mi [...] paso. «Eso no lo consiento», mascullé varias veces, pensando en un amigo instruido que siempre me cree capaz de añorar a las damas y sus primores con frenesí, y hasta que me crujen las cuadernas. En mi opinión, en el actual panorama cultural ya se publican suficientes novelas frenéticas y crujen las cuadernas de demasiados poemas sentimentales. Con mi alma amante\* amé e idolatré a una camarera campesina que en una nueva y acogedora fondita me sirvió dos decilitros de tinto al observar mi fatiga tras la esforzada marcha. De las paredes de la fonda colgaban imágenes del Vesubio [...] y la reproducción de un [...] en su totalidad que contemplé con suma atención. Un cliente se dedicaba a engullir salchichas. El pueblecito mismo parecía [...] una perla. El riachuelo que pasaba chapoteando sonreía como [una] inocente culebrilla, lo que tal vez denote una escritura desmañada. Una pelota voló hacia lo alto, y entonces apareció un castillo patriarcal cuyo colosalismo cincuecentista

\* «Como un alma amante».

me aterró. «Detente», le apostrofé y, mira por dónde, me obedeció, y entonces examiné sus torres y la verja del jardín, y por la elegante escalinata, abanicándose y zapateando, y con la falda revoloteando, bajó hasta el patio delantero una moradora del castillo, y esta peculiar llegada casual de una persona que a buen seguro pasa siempre parte del invierno en París suscitó un estado de ánimo mágico que embelleció el paisaje dominical y que dejé deslizarse como un concierto dentro de mi alegría receptiva. En el Departamento de Vida Cotidiana de mi Administración Mental comenzaban a imponerse ideas de cena, que intenté en vano reprimir y dominar. Oh, qué singular belleza la tuya, tierra, gritaba inaudible mi alma de paseante que ahora describía vacas pastando encima de una loma. Después me sumergí en los ropajes aterciopelados de los bosques guarnecidos de toques balsámicos cual valiosas joyas, que albergaban simas hacia las que me vi arrastrado con fuerza arrebatadora hasta que la visión de un pequeño lago me dijo que yo era aquel denodado sin denuedo al que poco tiempo atrás, en el asiento de un tiovivo, le asaltó la pasajera sensación de ser dios. Oh, cuán barata, cómoda y bellamente se dan aires de poeta con batines revoloteantes hombres pedantes a lo Jean Paul y defensores de la ética, y cuán natural es que en el curso de una noche ardiente nos convirtamos en personas que saludan con cariño a todos aquellos con los que se topan, como si la vida humana se asemejara a una familia patriarcal. Pero junto a lagos resplandecientes que parecen la pureza misma hay poetas que no hallan editor para sus obras, y triunfadores que regresan a la ciudad por míseras carreteras desamparadas y piden con tono autoritario ensaladas de salchicha, emmental y patata, jactándose de sus incansables esfuerzos por el trayecto recorrido, y hay locales donde los sonos de un arpa de mano coinciden con la colosal figura de un trasegador de cerveza, al que quizá se le caiga del bolsillo y rueda por el suelo, para regocijo de los presentes, una botella de aguardiente que no está vacía, sino llena hasta el corcho, y hay todo lo que pueda haber en cualquier otro lugar, y según mi convicción todo es

como es, nosotros somos lo que somos y punto. Imaginé esta descripción de domingo en la que resplandezco y alardeo con gran señorío, diez mil veces más delicada y suave de lo que ha resultado. Un vasto incendio de avergonzado rubor recorre actualmente Europa.

### **Ayer no asistí a una fiesta**

Ayer no asistí a una fiesta, pero en cambio pasé la velada en la compañía relativamente más grata de un dirigente obrero. En cierto momento el propietario del local donde transcurría una conversación carente de ceremonias me dijo en voz baja al oído que, a juzgar por las apariencias, prefería verme enzarzado en una conversación galante antes que en una seria, en una conversación graciosa y no en una desapasionada. En la camarera que nos servía a mí y a la personalidad que a mi lado parecía descansar, si se me permite la expresión, reponerse de esfuerzos profesionales, descubrí a una bailarina nata, mas como es lógico me guardé el descubrimiento para mí, recreándome en él. Esbocé en mi mente un retrato de tamaño sobrehumano de la pianista de aspecto satisfecho. Esta labor imaginativa salió bien sin dificultad, el que tocaba el violín pareció conferirme la fuerza necesaria para ejecutar la obra. Sea como fuere, su interpretación, caracterizada por una precisión que me complacía, contribuyó a endurecer mi delicadeza espiritual, adoptando los sentimientos que me traspasaban formas constructivas pétreas o férreas. «¿Siente usted esta noche un prudente\* autodominio?» me preguntó una mujer que se sentaba vis à vis, aunque no iba conmigo. «Desciendo de un hombre que conoció París y me transmitió la peculiaridad de considerarme satisfecho sin necesidad de divertirme mucho», contesté evasivo. «Su insignificancia, que le confirma a usted que es alguien, la divierte», este comentario de un joven voló

\* «decoroso».

hacia mí como una bolita de papel. «Siempre que estoy en un restaurante», repuse, «me agrada figurarme que importo poco, aunque aparente que mucho». Como deseaba abandonarme a mis quimeras, presté atención fugaz a un miembro interesante de la mitad femenina de eso que se denomina pueblo. Pues precisamente estaba muy ocupado en imaginarme que alguien me cubría de oprobios para ocultar cuánto me estimaba en el fondo. Qué inesperada emoción desencadenó ese decurso mental. Por lo demás, acabo de percatarme de que escribo este artículo para el mundo masculino cultivado. Las mujeres me reprochan que escribo para los hombres, y éstos me echan en cara que lo hago para las mujeres. Cuánto me conmovió la placidez de una barca amarrada en la orilla durante el paseo de ayer tarde, que siguió produciendo efectos idílicos en la fonda. Cuando pasé por delante de una casita, tres muchachas me gritaron: «Ven a vernos, aunque no te conozcamos». Respondí a la invitación con las siguientes palabras: «Soy un decadente y os considero demasiado primitivas. Mi européismo me ha convertido en un temperamento de lo más delicado. Os aburriría, pues carecéis de cultura. Si prosigo mi camino os causaré una buena impresión. De reunirme con vosotras, trabaríais conocimiento del más valioso aburrimiento que quepa imaginar y que os haría anhelar algo tan sensato como la diversión». «Borracho», me gritaron al unísono cuando reemprendí mi camino vital. Resulta curioso mi persistente amor a los libritos en los que aparecen condes disfrazados y hermosas doncellas de humilde cuna que han sufrido por amor y luego protestan airadas cuando se les explica que eso es lo que acontece en la vida, y que como compensación a sus desilusiones se encontraban ahora en un palacio y que ya no tendrían más que deleitarse, mientras las entregadas a tal menester exclamarían jubilosas: «Sí, es cierto», y una lagrimita brillaría, esplendorosa. Hace poco se me ocurrió creer que las desavenencias desaparecerían aprendiendo a superarlas con cariño, es decir, que con semejante trato se transformarían en algo bello, armónico entre ellas, pues de hecho el amor une

de nuevo en un santiamén el mayor de los desgarros. En la excursión de la que hablaba, un maestro me vio pasar desde su escuela rural y no dejó de advertirme que tan sólo se precisaba una exigua dosis de buena voluntad para tornar sabrosas las viandas o situaciones insoportables. Los escritores aburridos, por ejemplo, pueden cobrar interés si uno se esfuerza por considerarlos amenos. Acaso, en el fondo, cualquier esparcimiento no sea tal, sino que uno se limita a aprender a creérselo, y en cuanto se ha alcanzado esta convicción, aquél se convierte en lo que seguramente no es en absoluto, aunque en determinadas circunstancias pueda serlo. Todo y nada a la vez es poético, y el hecho de que te rías o no, de que te diviertas, depende del esmero con el que te tratas a ti mismo. Hubo una vez un tipo al que no le apetecía oír nada porque todo cuanto oía le resultaba tedioso. Como es lógico, era una persona harto desdichada, pues uno siempre oye algo, y ay de aquel a quien le desagrada. «En realidad todo lo que penetra en mi sensible oído me agradecería si lo calificara de saludable, de acertado, etc.», se dijo un buen día. Desde entonces se esforzó al respecto y, qué curioso, ahora le divierte escuchar, es decir, ha olvidado poco a poco darle importancia. Debido a que aquello le pareció bien, o al menos en cierto modo muy adecuado, adquirió la facultad de superarlo. Al haber aprendido a encontrar simpáticos, es decir, oportunos, todos los sonidos, palabras, etc., dejó de retenerlos en la memoria, pues lo agradable se olvida casi siempre en el acto o muy deprisa, tan sólo lo desagradable se queda adherido o grabado en la mente. Por tanto, quien no quiera oír algo no debe pretender ignorarlo a todo trance, sino que debe apetecer dejarlo penetrar en su interior, pues sólo de ese modo volverá a esfumarse como si nunca hubiera existido. Lo que odiamos nos hechiza, nos domina, se acomoda, se agazapa encima de nosotros, nos sume en el pavor casi a la manera de un castigo. También aquí un poco de alegría, de amor, vuelve a ejercer un papel liberador. El hombre que no quería oír nada se salvó porque abandonó un esfuerzo desmedido que consistía en, tan pronto como oía algo, decirse con

tono enérgico: «No oigo, no oigo ni gota». Se atormentó con esto mucho tiempo, pero en vano, y sólo una buena idea, una pequeña y astuta muestra de ingenio le preservó del abismo. Y es que amar, transigir tornan sabroso lo insípido, convierten una contrariedad en algo inherente a la vida, conveniente, en algo como es debido. Cuando no deseaba oír nada, lo oía todo en demasía. A veces su furia aumentaba hasta convertirse en algo indescriptiblemente-violento-que-se-abatía-sobre-él. El motivo era que se le antojaba insoportable. Sin embargo, al aceptarlo, se convirtió en lo que era, ni más ni menos, lo aceptó y dejó de asustarle, le parecía algo radicalmente distinto. Pues una y la misma cosa no son iguales. Con una leve sonrisa lo grabó en su memoria.

**Sería preferible que las lectoras  
no prestasen atención a estas líneas**

Sería preferible que las lectoras no prestasen atención a estas líneas, pues en el futuro pienso escribir tan sólo para el mundo masculino, ante todo, si no me equivoco, para el que sabe vivir. Pero qué distraído estoy. ¿Necesitaré descansar? Narración cuya responsabilidad cargo sobre mis poderosos hombros, aseméjate a un alud, te lo ruego, pues me atrevo a desear que mi forma de expresión sea tan elástica como impetuosa. Los creadores duermen, y los durmientes crean, y además también pueden adormilarse los útiles y diligentes y tornarse laboriosos los flojos, y ahora caigo en la cuenta de que ambas afirmaciones significan lo mismo. Los dos prometedores bajaban corriendo y agitando sus ropas por la pradera, mientras se negaba a permitir a los que bajaban a saltos que llegasen allí donde un aventurero con chaqueta de terciopelo y todas sus vergüenzas tapadas con despreocupación acababa de desembarcar de una barquita que hizo encallar de un fuerte empujón. Acto seguido, con modales refinados saludó con su sombrero, todavía aceptable. No ha pasado mucho tiempo desde